

Jiddhu Krishnamurti (Alcyone)

A LOS PIES DEL MAESTRO II

At the feet of the Master II



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA

*«Comenzaré examinando
los cuatro Requisitos enunciados en el libro
A los pies del Maestro
e intentaré hacer ver cómo
pueden ser aplicados
a la vida del docente
y a la de los alumnos,
y además a las relaciones
que deberían existir
entre ellos»*

ÍNDICE

- Introducción**, *página 4.*
- A los que Llaman**, *página 7.*
- En Espera de la Palabra**, *página 8.*
- Prólogo**, *página 9.*
- El Instructor**, *página 10.*
- I. Amor**, *página 12.*
- II. Discernimiento**, *página 20.*
- III. Ausencia de Deseo**, *página 26.*
- IV. Recta Conducta**, *página 28.*

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha hablado de Krishnamurti (1895-1986) desde que escribió *A los pies del Maestro*, publicado en 1910; pequeño, precioso, y para muchos insuperable manual del perfecto discípulo. Años después, a quien se lo preguntaba, Krishnamurti respondía siempre, un poco molesto, que el libro no era suyo:

«Estas palabras no son mías, son las palabras de mi Maestro», está escrito también en el prólogo del libro. En realidad, cada noche, desde el 1 de agosto de 1909 y durante cerca de cinco meses, Khrisna se transfería en «cuerpo astral», a la presencia del Maestro, uno de los dos que habían inspirado el nacimiento, en 1875, del moderno movimiento teosófico bajo la dirección de la aristócrata rusa H. P. Blavatsky y del coronel americano H. S. Olcott. El maestro le impartía una instrucción de quince minutos que el joven, una vez despierto en el propio cuerpo, transcribía con la máxima precisión. Por lo que es verdad que *A los pies del Maestro* no tiene a Khrisna como autor si no sólo como amanuense. Quien se interese seriamente por la auto-realización conoce, casi seguro, la increíble historia de este muchachote indio, un poco tonto y a menudo «ausente», que fue «descubierto» por los teósofos Leadbeater y Besant y sucesivamente «anunciado» al mundo como la encarnación del Budha Maitreya y por tanto nuevo Mesías. Pero ¡golpe de efecto!, el 3 de agosto de 1929 Khrishnamurti se separa de la Sociedad Teosófica y de la Orden de la Estrella, una organización mundial creada para acoger dignamente al nuevo Instructor.

*Afirmo que la verdad es una Tierra
sin extranjeros y que no se puede
acceder a ella por medio de un cualquier
sendero, religión, secta.
Éste es mi credo, absoluto e
incondicionado...*

Leí por primera vez *A los pies del Maestro* en 1970, y en 1972 me encontré personalmente con Krishnamurti bajo la gran tienda de campaña de Saanen (Suiza), donde solía hablar una vez al año, hasta 1985.

Después lo vi por última vez en 1982 en Adyar (Madras, India) en la sede de la Sociedad Teosófica. He leído casi todo lo que se ha publicado sobre él porque me da un profundo sentido de libertad y hace que también me sienta «revalorizado»; feliz de vivir como soy y de realzarme, después de cada caída, confiando en la «voz del silencio» y en aquel «tremendo poder» que existe en cada uno de nosotros. ¡Puesto que no hay ningún sitio adonde huir en cuanto «el futuro es ahora»!.

La pregunta que durante sesenta años más a menudo le ha sido dirigida es acaso ésta: ¿Cree en los Maestros?. Khrisnamurti respondía siempre más o menos así: «Que yo lo crea o no, qué le cambia eso a usted?».

De aquí ha nacido en muchos la convicción de que, puesto que rechazaba la utilidad de filosofías, religiones y maestros, no creyese en nada. Pero quien lo ha conocido bien ha confirmado siempre que Khrisnamurti no ha renegado jamás ni de sus iniciaciones «astrales» ni de sus poderes de curación que, de tanto en tanto, ejercía. En el estupendo libro de Mary Lutyens, *La vida y la muerte de Krishnamurti* leemos:

«El mensaje que le dirigió el Maestro en Sydney tuvo sobre Krishnamurti un efecto profundo. El 2 de agosto él escribió a lady Emily que, desde hacía quince días, meditaba sobre ello una media hora cada mañana y otro tanto antes de dormirse».

«“Estoy entrando en contacto con los Maestros, como antaño y, después de todo, esto es lo único importante en la vida”».

La vida de Krishnamurti no ha sido fácil, pasada casi siempre en fuga por el mundo porque sabía que, si se hubiese parado, sus «secuaces» ¡le habrían construido encima una iglesia! y, sin embargo, cuántas veces ha repetido:

«Yo no tengo discípulos; cada uno de vosotros es un discípulo de la verdad...».

Este librito que nos honramos en presentar, ha sido, seguramente, escrito por J. Krishnamurti, y hasta llegó a contar con un prólogo firmado por él; aunque aparece todavía como co-autor el nombre «Alcione» que Leadbeater pensaba que era el nombre de una reencarnación de Khrisnamurti. Han pasado al menos dos años de las experiencias descritas en *A los pies del Maestro*, y Khrisnamurti se siente más maduro para aclarar cuanto

consideraba no bien explicado precedentemente.

A los pies del Maestro, Parte segunda, es un libro de inmediata comprensión para quien ya haya leído el primero, y de estímulo para descubrir el primero para cuantos aún no lo conocen.

ROBERTO ROMITI

A LOS QUE LLAMAN

**De lo irreal condúceme a lo Real.
De las tinieblas condúceme a la Luz.
De la muerte condúceme a la Inmortalidad.**

Waiting the Word...

*Waiting the word of the Master,
Watching the Hidden Light;
Listening to catch His orders
In the very midst of the fight;*

*Seeing, His slightest signal
Across the heads of the throng;
Hearing His faintest whisper
Above earth 's loudest song.*

En Espera de la Palabra...

*En espera de la palabra del Maestro
mirando la luz oculta,
a la escucha para oír Sus órdenes
justo en el medio de la confusión.*

*Observando Su más mínimo gesto
por encima de las cabezas de la multitud;
oyendo Su más débil susurro
en medio del más fuerte canto terrenal.*

PRÓLOGO

Gran parte de las sugerencias dadas en este librito provienen de los recuerdos personales de mis primeros años de la escuela; y desde entonces, mi propia experiencia de los métodos practicados en el aprendizaje Oculto me ha demostrado que la vida de los muchachos pudiera ser mucho más feliz de cuanto habitualmente lo sea. Yo mismo he experimentado tanto los buenos como los malos métodos de enseñanza, y éste es el motivo por el que deseo ayudar a los demás a elegir el bueno.

Trato esas cuestiones puesto que sé en qué medida esto interesa a mi Maestro y muchas de las cosas que aquí voy a exponer no serán sino un imperfecto eco de cuanto le he oído a Él.

En varios países del mundo, se me dice, existen muchas organizaciones que tienen por objeto instalar en el ánimo de los jóvenes el amor por la patria y el deseo de servirla - y esto en verdad es bueno -; pero me pregunto cuándo surgirá una organización internacional para dar, a los jóvenes de todas las naciones, «también los ideales comunes a todas ellas y el conocimiento de la verdadera base del recto actuar: la Fraternidad del Hombre».

Deseo desde aquí dar las gracias a mi querida madre (adoptiva), señora Annie Besant, por la ayuda que me dio mientras estaba escribiendo este librito y, al mismo tiempo que a ella, mi agradecimiento al óptimo amigo mío, señor G. S. Arundale - con el cual, frecuentemente, departía sobre estas cuestiones - por sus muchas y útiles sugerencias.

J. KRISHNAMURTI

EL INSTRUCTOR

En el libro *A los pies del Maestro* he transcrito las instrucciones recibidas de mi Maestro mientras me preparaba para aprender el mejor modo de ser útil a aquellos que me rodean. Quien haya leído aquel libro habrá comprobado cuánta inspiración hay en las palabras del Maestro y qué ansia harán surgir en quienes las leen de disponerse al servicio de los demás. Yo mismo sé cuánto me han ayudado los cuidados amorosos de aquellos a cuya guía me confié, y es esta ayuda recibida de ellos la que ardientemente deseo ofrecer a los demás.

Me parece que las instrucciones del Maestro pueden ser aplicadas universalmente. Son útiles, no sólo para quienes deliberadamente intentan recorrer el Sendero que conduce a la Iniciación, sino también para todos aquellos que, aunque sigan haciendo su trabajo habitual en el mundo, están ansiosos de cumplir seria y altruistamente el propio deber.

Una de las más nobles formas de trabajo es la del instructor; tratemos de ver qué luz proyectan sobre ella las palabras del Maestro.

Comenzaremos por examinar los cuatro Requisitos enunciados en el libro *A los pies del Maestro*, e intentaré hacer ver cómo pueden ser aplicados a la vida del docente y a la de los alumnos y también a las relaciones que deberían existir entre ellos.

El Requisito más importante, en el hecho educacional, es el Amor; por tanto, de él me ocuparé en primer lugar.

Es triste constatar que en los tiempos modernos el cargo de docente no ha sido tomado en la debida consideración comparativamente al mismo nivel de las otras profesiones cultas. Hoy en día cualquiera es considerado suficientemente apto para ser docente; de aquí la poca consideración en la que es tenido. Es natural, por tanto, que los jóvenes más inteligentes no se sientan atraídos hacia esta profesión. Por el contrario, la profesión de docente es, en verdad, la más sagrada y la más importante para la nación, puesto que forma el carácter de los jóvenes de ambos sexos que serán los futuros ciudadanos. Antiguamente este oficio estaba considerado tan sagrado que solamente los sacerdotes eran instructores, y la escuela formaba parte del templo. En la India, la confianza depositada en el instructor era tan grande, que los padres le confiaban completamente a sus hijos durante muchos años, y maestro y

alumnos vivían juntos como si perteneciesen a una misma familia. Y, precisamente porque estas felices relaciones deberían ser restablecidas, pongo el Amor en primer lugar entre los Requisitos que el instructor deberá poseer. Si la India alguna vez debe volver a ser la gran nación que nosotros todos esperamos ver, aquellas antiguas y felices relaciones deberán ser de nuevo reanudadas.

I

AMOR

Mi Maestro me ha enseñado que el Amor vuelve al hombre capaz de conseguir todos los otros requisitos, y que *todos los demás, sin el Amor, no serían jamás suficientes*. Por esto nadie debería trabajar como educador - a nadie le debiera estar permitido - a menos que no hubiera demostrado, en su vida cotidiana, que el Amor es la más fuerte cualidad de su naturaleza. Se podrá uno acaso preguntar: ¿Cómo podemos nosotros estar seguros de si una persona posee el suficiente grado de Amor que la haga digna de ser educadora?. De la misma manera que un niño, desde sus primeros años, manifiesta su natural aptitud por una profesión o por otra, así una naturaleza claramente afectuosa debería indicar que el niño está particularmente adaptado para convertirse en instructor. Tales muchachos deberían estar deliberadamente destinados a la carrera docente, del mismo modo que se destinan otros jóvenes para otras profesiones.

Los muchachos que están preparándose para emprender una profesión cualquiera, hacen vida común en la misma escuela, y solamente si su vida de escuela es feliz podrán ser útiles a la nación cuando sean hombres. El muchacho es, por naturaleza, feliz y si conseguimos que tal felicidad pueda continuar creciendo, sea en la escuela, sea en casa, entonces él se convertirá en un hombre capaz de hacer felices a los demás.

Un docente lleno de amor y de simpatía, atraerá a los muchachos y hará placentera su vida de escuela.

Mi Maestro, dijo una vez: «Los muchachos están muy deseosos de aprender, y si un docente no logra interesarlos y hacer que amen las lecciones, es señal de que no está dotado para ejercer la enseñanza y debería elegir otra profesión». Además, añadió: «Aquellos que son míos, aman enseñar y servir. Ellos buscan, ansiosos, toda ocasión de servir, del mismo modo que el hambriento busca alimento y siempre vigilan para aprovechar la ocasión apenas se presenta. Su corazón está tan repleto del Divino Amor que se les desborda y deben continuamente esparcirlo entre aquellos que les rodean. Solamente éstos están adaptados para ser docentes - aquellos para los cuales enseñar no sólo constituye un sagrado e imperioso deber, sino también el más

grande de los placeres».

Un profesor que sepa captar las simpatías de sus alumnos, logra hacer surgir todas las buenas cualidades, y su cariño hace que ellos no le tengan miedo. Cada muchacho, entonces, se manifiesta tal cual es, y el profesor está en grado de escoger el camino que mejor se le adapte y de ayudarlo a seguirlo. A un profesor así, sabiendo el alumno que va a encontrar simpatía y benevolencia, le expondrá todas sus dificultades y en vez de esconder las propias debilidades, estará contento de contarle todo a aquél de cuya amorosa ayuda está seguro. Un buen instructor recuerda su propia juventud, y así puede sentir al unísono con el muchacho que recurre a él.

Mi Maestro dice: «Aquel que ha olvidado su niñez y no está en consonancia con los niños, no es el hombre apto para enseñarles y ayudarlos». Este amor del profesor por su alumno, amor que protege y ayuda, provocará de retorno amor por parte del muchacho; y puesto que este último admira a su maestro, un amor semejante asumirá la forma de reverencia. Una vez manifestada, la reverencia crecerá en el muchacho con el transcurso de los años, convirtiéndose en costumbre el percibir y reverenciar la grandeza; y así, con el tiempo, lo conducirá acaso a los Pies del Maestro. El amor del niño por el instructor lo hará dócil y fácil de guiar, y así no surgirá jamás la necesidad del castigo. De este modo desaparecerá una de las grandes causas de temor que actualmente envenenan las relaciones entre docente y alumno.

Todos aquellos de entre nosotros que tienen la felicidad de ser discípulos de verdaderos Maestros saben cuáles deberían ser estas relaciones. Nosotros sabemos con qué admirable paciencia, dulzura y simpatía, Ellos nos acogen siempre, también cuando pudimos haber cometido errores o haber sido débiles.

Y, sin embargo, entre Ellos y nosotros hay una diferencia mucho mayor que entre el educador común y su alumno. Cuando el profesor haya aprendido a reconocer que sus quehaceres lo consagran al servicio de la nación, del mismo modo que el Maestro se ha consagrado al servicio de la humanidad, entonces se convertirá en parte del gran Departamento de Instrucción del mundo, al cual pertenece mi muy amado Maestro; Departamento del cual el Augusto Jefe es el Supremo Instructor de los Dioses y de los hombres.

Se me podrá acaso objetar que no todos los muchachos pueden ser dirigidos de tal modo. A esto responderé que tales muchachos habrían ya sido precedentemente estropeados por un mal tratamiento. Y, aun cuando así fuese, ellos deberán ser mejorados poco a poco utilizando mayor paciencia y un constante amor. Tal método ha demostrado ya haber dado buen resultado

todas las veces que ha sido utilizado.

Viviendo en esta atmósfera de amor durante las horas de escuela, el muchacho logrará ser, en su familia, mejor hijo, mejor hermano, y aportará un sentimiento de vida y de vigor en lugar de depresión y cansancio, como generalmente ocurre ahora. Cuando, a su vez, se convierta en cabeza de familia, la colmará de aquel mismo amor en el que fue educado y así la felicidad andará esparciéndose y creciendo de generación en generación.

Cuando tal muchacho se convierta en padre no considerará a su propio hijo, como tantos lo hacen hoy día, desde un punto de vista puramente egoísta, como si se tratase de un simple objeto de propiedad; como si el hijo no existiese sino para el provecho del padre. Algunos padres parecen considerar a sus propios hijos simplemente como un medio para acrecentar la prosperidad y la reputación de la familia; bien por medio de la profesión que puedan abrazar, bien por medio de los matrimonios que puedan combinar sin siquiera tener en cuenta los deseos de los mismos jóvenes.

El padre sabio consultará a su hijo como a un amigo, y hará todo por descubrir sus deseos, y con su mayor experiencia le ayudará a realizarlos sabiamente, teniendo siempre presente que el hijo es un «ego» venido al padre para que, ayudando al hijo en su progreso, pueda el padre mismo crearse un buen karma. El padre no olvidará jamás que, por muy joven que pueda ser el cuerpo de su hijo, el alma interior es tan vieja como la suya, y debe ser tratada, por tanto, con respeto y con afecto. Tanto en casa como en la escuela el amor se hará visible como es lógico a través de pequeños gestos serviciales y éstos formarán una costumbre, de la que surgirán las más grandes y heroicas actuaciones de servicio que configuran la grandeza de una nación.

El Maestro habla mucho de la crueldad como de un pecado en contra del amor, haciendo una distinción entre crueldad consciente y crueldad inconsciente. Él dice: «La crueldad consciente consiste en infligir, a sabiendas, dolor a otro ser viviente; y éste es el peor de todos los pecados - la obra de un demonio antes que de una criatura humana».

El uso del palo (como castigo corporal) ha de ser clasificado en esta categoría, puesto que, hablando de la crueldad consciente, Él dice: «Para muchos maestros de escuela es cosa habitual». A esto debemos sumar todas aquellas palabras y gestos *dirigidos* a herir los sentimientos y el amor propio del niño. En algunos países el castigo corporal está prohibido, pero en la mayoría está todavía en uso; y mi Maestro dice:

«Todas estas personas intentan disculpar su brutalidad diciendo que es la costumbre; pero un delito no deja de ser un delito aunque sean muchos los

que lo cometen. El karma no toma en consideración la costumbre, y el karma de la crueldad es el más terrible de todos. En la India, por lo menos, no puede haber ningún tipo de disculpa para esas costumbres, puesto que el deber de no dañar es conocido por todos».

Cualquier idea que se refiera a lo que se suele llamar *castigo*, no es solamente equivocada, sino también necia. El docente que intenta atemorizar a sus alumnos para que hagan lo que él desea, no se da cuenta de que ellos le obedecen sólo en su presencia y que, en cuanto están lejos de su mirada, no harán ya ningún caso a sus órdenes, e incluso se complacerán en desobedecer, justamente debido a la antipatía que por él sienten. Sin embargo, si él consigue inducirles a que hagan su voluntad porque le aman y desean complacerle, entonces ellos respetarán sus prescripciones incluso durante su ausencia y de ese modo su deber será mucho más fácil. En lugar de desarrollar el temor y la antipatía en el carácter de los muchachos, el educador sabio conseguirá su objetivo despertando en ellos el amor y la devoción y, reforzando de ese modo todo lo bueno que hay en sus almas, les ayudará en el camino hacia la evolución.

Equivocada es también la idea de expulsar, de desembarazarse de un chico travieso en lugar de intentar mejorarlo. Incluso en el caso en que, en el interés de sus compañeros, un muchacho debiera estar separado de ellos, no se debería jamás olvidar el bien del chico mismo. En efecto, la disciplina escolar debería, por encima de todo, tener su fundamento en el bien de los muchachos y no en la idea de ahorrarle molestias al profesor. El docente amoroso no se preocupa de la molestia.

La crueldad inconsciente, muchas veces, surge de pura irreflexión y el docente debería cuidar mucho de no ser, por falta de reflexión, cruel en palabras o acciones. Muchas veces los profesores causan dolor con palabras irreflexivas pronunciadas en un momento en el que ellos estaban molestos por algo proveniente del exterior o mientras se dedicaban a algún importante deber.

Ellos podrán olvidar ese accidente, o eludirlo considerándolo algo poco importante pero, en muchos casos parecidos, el chico sensible que se ha sentido ofendido sigue dando vueltas en su cabeza a aquellas palabras y acaba imaginando todo tipo de absurdas exageraciones.

Muchos malentendidos surgen de ese modo entre maestros y alumnos y, aunque estos últimos deben aprender a ser pacientes y generosos y a darse cuenta de que el docente está deseando ayudar a todos lo más posible, el educador debe, a su vez, estar siempre atento midiendo sus palabras y, por

muy atareado que pueda estar, no dejar traslucir en sus conversaciones y acciones otra cosa que cariño.

Si el docente fuera siempre cariñoso con los chicos, los cuales son siempre más jóvenes y más débiles que él, conseguiría fácilmente enseñarles la importante lección del cariño hacia los niños, los animales, los pájaros y los demás seres vivientes. Los chicos mayores que demuestren ser cariñosos y delicados deberían ser animados a observar las condiciones en que se encuentran los animales que ven por las calles, de modo que, en cuanto vieran algún gesto de crueldad, inviten, con mucha cortesía y delicadeza, a quienes lo cometan, a que traten mejor al animal.

A los muchachos se les debería además enseñar que nada que incluya caza o matanza de animal debería ser llamado *deporte*. Esta palabra debería referirse a los juegos y los ejercicios viriles y no utilizada para herir o matar animales. Mi Maestro dice: «El destino de la persona cruel recae también en aquellos que van a sabiendas a matar a criaturas de Dios y lo llaman deporte».

No creo que los educadores se den cuenta del daño y del sufrimiento que provocan con los chismes que el Maestro llama «Pecados contra el amor». Los educadores deberían cuidarse mucho de crear dificultades a sus alumnos cotilleando sobre ellos.

En la escuela no se debería nunca permitir que a un chico le pusiesen un apodo ofensivo y por regla general debería estar prohibido hablar mal de cualquier miembro de la escuela, maestro o alumno.

Mi Maestro hace observar que, hablando de los defectos de una persona, no solamente aumentamos en ella esos defectos, sino que además llenamos nuestras mentes de malos pensamientos.

No hay más que una manera de liberarnos realmente de nuestra naturaleza inferior, y es reforzando en nosotros nuestra naturaleza superior.

Y al mismo tiempo que es deber del educador comprender las debilidades de aquellos que le son confiados, él debe convencerse de que no conseguirá vencer la naturaleza inferior del chico si no es rodeándolo de amor, estimulando así en él sus más elevadas y nobles cualidades hasta que no quede sitio para las debilidades.

Cuanto más chismes haga el docente a propósito de los defectos de sus alumnos, tanto mayor será el daño que se produzca; por lo tanto, él no debería jamás hablar de los defectos de un chico a menos que no esté reunido con sus colegas en consejo para estudiar los métodos mejores de poder ayudar a cada muchacho a liberarse de sus debilidades.

Sería, además, conveniente hacer entender a los muchachos cuan cruel

es el cotilleo entre ellos. Conozco a más de un chico cuya vida en la escuela ha sido infeliz a causa de la indiferencia y grosería de sus compañeros, mientras que el docente o no se percataba siquiera de su desdicha o no sabía cómo explicar a los chicos la naturaleza del mal que ellos provocaban.

Muchas veces los muchachos se fijan a posta en alguna particularidad en el hablar o en el vestir, o en algún error cometido y, sin darse cuenta del dolor que producen, torturan despreocupadamente a su desgraciado compañero con alusiones poco amables. En este caso el mal se debe sobre todo a la ignorancia y si el educador tiene algún ascendente sobre los jóvenes y les explica cariñosamente el dolor que están produciendo, ellos, entonces, pronto dejarán de hacerlo.

Se deberá, además, enseñarles que nada de lo que pueda producir sufrimiento o aburrimiento a los demás, nunca podrá ser bueno ni tampoco servir de diversión para el chico de mente recta.

Algunos muchachos parecen encontrar placer en atormentar o aburrir a los demás, pero esto se debe sólo a su ignorancia. En cuanto comprendan, no volverán jamás a tener una conducta tan poco fraternal.

En cada clase deberían estar expuestas bien claramente las siguientes palabras de mi Maestro: «No hables nunca mal de nadie, rechaza escuchar a quien hable mal de otro, más bien haz observar con garbo: “Puede que esto no sea cierto y si incluso lo fuera es más piadoso no hablar de ello”».

Hay delitos contra el amor, desafortunadamente muy comunes, que no se consideran tales. Tratando de ellos, el docente debería ser muy prudente, pero, en la medida de lo posible, debería enseñar una doctrina de amor y por lo menos dar él mismo un buen ejemplo. Tres de entre estos delitos están clasificados por mi Maestro entre las crueldades causadas por la superstición.

1.- Sacrificio de animales. Entre las naciones civilizadas, solamente en la India, hoy en día, se encuentran esos sacrificios, aunque con tendencia a desaparecer. Padres y educadores deberían hacer entender a sus chicos que no hay usanza cruel que pertenezca realmente a religión verdadera alguna. Puesto que nosotros hemos visto que la religión enseña la unidad y, por lo tanto, la bondad y el cariño hacia todo ser vivo.

Por lo tanto, no se puede servir a Dios por medio de la crueldad y de la matanza de criaturas indefensas. Si los muchachos hindúes aprendieran en la escuela este precepto de amor, haciéndose hombres acabarían definitivamente con esa cruel superstición.

2.- Mucho más difundida es la superstición que mi Maestro llama:

«aquella, aún más cruel, de que el hombre necesite alimentarse de carne».

Este asunto concierne más a los padres que a los educadores, aunque éstos podrían por lo menos inducir a sus alumnos a observar cuánta crueldad hay en la matanza de animales para alimentarse.

Incluso si en su hogar el muchacho fuera obligado a comer carne, renunciaría a ello en cuanto se hiciera hombre y ofrecería a sus propios hijos una oportunidad mucho mejor que la que él mismo tuvo.

Si los padres, en sus casas, y los educadores en las escuelas, quisieran acostumar a los chicos en el deber de amar y proteger a todas las criaturas vivientes, el mundo sería mucho más feliz de lo que es hoy día.

3.- «El tratamiento con el que la superstición ha dominado las clases más despreciadas de nuestra amada India», dice el Maestro, es prueba de que «esta mala cualidad puede engendrar una crueldad despiadada también en aquellos que no conocen el deber de la Fraternidad».

Con la finalidad de liberarnos de semejante forma de crueldad, a cada muchacho le debería ser impartida la gran lección del amor, y mucho puede hacerse en este sentido, tanto en la escuela como en casa.

En la escuela el muchacho tiene muchas oportunidades verdaderamente especiales de aprender esta lección, y el profesor haría bien en destacar el deber de ser corteses y gentiles con todos aquellos que son de condición inferior, además de con los pobres que eventualmente puedan encontrar. Todos aquellos que conocen la verdad de la reencarnación deberían comprender que son miembros de una gran familia en la cual algunos son hermanos menores y otros mayores. Es necesario enseñar a los muchachos a manifestar cariño y consideración hacia los sirvientes y hacia todos aquellos que, por posición social, son inferiores a ellos; la casta no fue creada para favorecer el orgullo y la dureza, y Manu (El Gran Instructor) enseña que el servicio doméstico debería ser tratado como niños de la familia.

Una gran parte del quehacer del educador se desarrolla en el campo de juegos; y jamás un profesor logrará conquistar de verdad el corazón de sus alumnos si no juega con ellos. Los muchachos hindúes, habitualmente, no juegan bastante y se debiera establecer, durante la jornada de escuela, un tiempo determinado destinado a los juegos. También aquellos profesores que en su juventud no han aprendido a jugar, deberían frecuentar el campo de juegos y tomar interés, participando así en este aspecto de la educación del niño.

En los internados, el amor del profesor es más especialmente necesario puesto que en ese caso el internado debe tomar el puesto del hogar doméstico,

y por tanto, se debe crear allí un ambiente familiar. Los profesores afectuosos y joviales serían considerados como hermanos mayores, y las dificultades que no están previstas en los reglamentos serían superadas por medio del amor.

De hecho, todas las múltiples actividades de la vida de escuela deberían convertirse en canales a través de los cuales pueda fluir el afecto entre maestro y alumno; y cuanto más numerosos sean estos canales tanto mejor será para ambos. A medida que el chico crezca, estos canales, naturalmente, se volverán más numerosos, y el amor de los días de escuela será la verdadera amistad de la edad adulta. Así, el amor habrá cumplido su misión.

El amor, aquí en el plan físico, reviste muchas formas. Tenemos el amor del marido y de la mujer, de los padres y de los hijos, de los hermanos y de las hermanas; el afecto entre parientes y entre amigos. Pero todos estos afectos son compendiados y enriquecidos por el amor del Maestro por Su discípulo.

El Maestro da a Su discípulo el cariño y la protección de la madre, la fuerza del padre, la comprensión del hermano y de la hermana, el aliento del pariente o del amigo; Él es uno con el discípulo y el discípulo es parte de Él.

Además, el Maestro conoce tanto el pasado del discípulo como su porvenir, y por medio del presente lo guía del pasado al futuro. El discípulo conoce bien poco fuera del ámbito del presente y no comprende este gran amor cuya inspiración nace del recuerdo del pasado y se prepara a modelar los poderes del porvenir. Él, a veces, podrá hasta dudar de la sabiduría de aquel amor que se inspira en un modelo que sus ojos no pueden ver.

Lo que acabo de decir podrá parecer un ideal demasiado elevado para ser aplicado a las relaciones que existen aquí abajo entre profesor y alumno. Y no obstante, la diferencia entre ellos es menor que aquella que existe entre un Maestro y Su discípulo.

Las relaciones inferiores deberían ser un débil reflejo de aquellas superiores, y el profesor, por lo menos, podría proponerse estas últimas como su ideal.

Un ideal semejante elevará todo su trabajo a un mundo superior, y la vida de escuela será mucho más feliz y mejor por el hecho de que el profesor se haya prefijado aquel ideal.

II

DISCERNIMIENTO

El requisito siguiente, indispensable para el educador, es el Discernimiento. Mi Maestro dice que el conocimiento más importante es «conocer el plan de Dios para los hombres. Puesto que Dios tiene un plan, y este plan es la evolución». Cada muchacho tiene su propio puesto en la evolución, y el educador debe intentar descubrir cuál es este puesto, y en qué modo él puede ayudarle mejor. He aquí lo que los hindúes llaman Dharma (*Palabra sánscrita que significa el deber de un individuo en un determinado momento de su evolución según el desarrollo conseguido por su naturaleza interior y en conformidad con su ulterior progreso. N. d. T.*) y es deber del educador descubrir el dharma del muchacho y ayudarle a cumplirlo. En otras palabras, la enseñanza dada al muchacho deberá ser la que más le conviene, y el instructor deberá usar su discernimiento tanto en la elección del contenido de la enseñanza como en el modo de impartirla. En tales condiciones el progreso del muchacho deberá ser muy rápido, puesto que él acabaría siguiendo las tendencias creadas en las vidas anteriores y a recordar activamente todo cuanto ya conoció.

«El método de la evolución - como dice un gran Maestro - es un continuo zambullirse en la materia, sometiéndose a las leyes del reasentamiento.» Esto es, por medio de la reencarnación y del karma. A menos que no conozca esta verdad, el educador no puede cooperar como debería a la evolución, y gran parte de su tiempo y del de su alumno será desperdiciado.

Esta ignorancia es la causa de los resultados tan mezquinos con que nos encontramos después de tantos años de escuela y que deja al joven mismo tan ignaro de las grandes verdades que le sirven para guiar su comportamiento en la vida.

El discernimiento es necesario tanto en la elección de las materias de estudio como en el modo de impartirlas. En primer lugar, por importancia, vienen la religión y la moral; ellas, sin embargo, no deberán solamente ser enseñadas como materia de estudio, sino que serán la base y la atmósfera de la vida de la escuela, puesto que ambas son igualmente necesarias para cada

muchacho, independientemente de lo que él haga más tarde en la vida. La religión nos enseña que todos nosotros formamos parte de un Único Ser y que por tanto debemos ayudarnos los unos a los otros.

Mi Maestro dice que los hombres «tratan de idear métodos que creen que podrán ser placenteros para ellos, no dándose cuenta de que todos somos Uno y que por tanto sólo aquello que el Uno quiere, puede, en realidad, ser placentero para cada uno».

Él dijo también: «Puedes ayudar a tu hermano mediante aquello que tienes en común con él, y esto es la Vida Divina».

Enseñar, pues, es enseñar la religión; vivirlo es practicar la vida religiosa. Actualmente el valor de la enseñanza moral, como ahora está establecido, ha sido en gran parte inutilizado por las ordenanzas de la escuela. La jornada escolar debería siempre inaugurarse con un pequeño acto religioso que haga vibrar la nota de un objetivo común, y de una vida común, de modo que los muchachos, provenientes todos de diversos hogares domésticos con diferentes modos de vivir, lleguen a estar acompasados al unísono en la escuela.

Es un buen sistema comenzar con un poco de música o de canto, de modo que los muchachos, que con frecuencia llegan sofocados por haber tomado de prisa el alimento, puedan calmarse e iniciar con orden la jornada de escuela. A esto debería seguir una plegaria y una brevísima y bella alocución que presente un ideal ante los muchachos.

Pero a fin de que estos ideales sean útiles, es necesario que sean practicados durante toda la jornada escolar, de modo que la influencia espiritual del instante religioso que ha iniciado el día, pueda empapar las lecciones y los juegos.

Por ejemplo, en la hora asignada a la religión se enseña que el fuerte tiene el deber de ayudar al más débil y, sin embargo, durante todo el resto del día los fuertes son incitados a sobrepasar a los débiles, y si lo consiguen se les concede valiosos premios. Estos premios, mientras estimulan el espíritu de lucha, vuelven celosos a muchos chicos y desalientan a otros.

La fraternidad del «Central Hindú College» tiene por lema «La recompensa ideal es un crecimiento de la facultad de amar y servir».

Este bonito lema llegaría a ser realizado si los premios por el buen trabajo, por la buena conducta y por la ayuda dada a los otros, implicasen mayor confianza y mayor poder de ofrecer ayuda. En la escuela se debería, de hecho, honrar el carácter y la capacidad de ayudar, antes que la fuerza de la mente y del cuerpo; la fuerza debe ser ejercitada y desarrollada, pero no

recompensada por haber simplemente sobrepujado al débil.

De semejante escuela saldrán hombres que tenderán antes que nada a ocupar puestos de utilidad para su nación antes que a conquistar simplemente dinero y poder para sí mismos.

Una parte importante de la educación moral consiste en entrenar al muchacho para el patriotismo - amor a la patria -. La idea arriba mencionada de enseñar al muchacho a ser servicial en la pequeña familia de la escuela se extenderá naturalmente al servicio de aquella familia mucho más amplia que es la nación.

Esto influirá también en el muchacho en la elección de una profesión, puesto que considerará a la nación como su familia, y tratará de ocupar un puesto útil a la vida nacional. Pero, al enseñar patriotismo, será necesario tener mucho cuidado de que los jóvenes no se dejen llevar por el odio hacia otras naciones, como ocurre con demasiada frecuencia.

Esto es de especial importancia en la India, donde los educadores, sean hindúes o ingleses, deberán intentar hacer surgir los buenos sentimientos entre las dos razas que viven codo con codo a fin de que puedan unirse en el trabajo común por el único Imperio.

También se puede dar prueba de discernimiento en la compilación del horario de las lecciones, reservando, en cuanto sea posible, las primeras horas de la jornada a las asignaturas más difíciles, puesto que, por muy bien y diligentemente que estén distribuidas las lecciones, el muchacho siempre se sentirá más cansado hacia el final de la jornada de escuela que no al comienzo.

Hace falta también el discernimiento en el método de enseñar y en establecer el tiempo de dedicación a la educación mental y física. El cuidado del cuerpo y su desarrollo son de la máxima importancia, puesto que sin un cuerpo sano, toda enseñanza es desperdiciada.

Sería necesario tener presente que el muchacho podrá continuar aprendiendo durante toda su vida, si tiene la suficiente sabiduría como para querer hacerlo; pero solamente durante los años de su desarrollo podrá construirse un cuerpo físico sano en el cual deberá transcurrir toda su vida.

Por tanto, durante aquellos primeros años se deberá, absolutamente y antes que nada, tomar en consideración el sano desarrollo del cuerpo físico; y todo aquello que compatiblemente con este desarrollo no pudiera ser aprendido debería ser dejado para más tarde.

La tensión impuesta a la mente del muchacho - y especialmente de los más jóvenes - es demasiado grande y demasiado larga; la duración de las clases deberá ser interrumpida, y el educador deberá vigilar con mucho

cuidado que los alumnos no se cansen. Este deseo de impedir semejante tensión de la mente le hará idear nuevos métodos de enseñanza que hagan las lecciones muy interesantes, y el muchacho que verdaderamente tome interés, difícilmente se cansará.

Recuerdo cómo solíamos estar cansados cuando retornábamos a casa, y tan agotados que no podíamos hacer otra cosa que abandonarnos al descanso. Pero, al muchacho indio no se le ha dado permiso para descansar, ni siquiera cuando vuelve a casa, puesto que, precisamente entonces, ha de comenzar con sus deberes, a menudo con un preceptor, cuando, por el contrario, debería descansar o jugar.

Estos deberes se reanudan a la mañana siguiente, antes de ir a la escuela y el resultado será que él los considerará un verdadero suplicio en vez de un placer. Una buena parte de los deberes de casa se realizan con pésima luz, y los ojos del chico sufren mucho por ello.

Todos los deberes de casa deberían ser abolidos, puesto que la tarea escolar en casa «quema la vela por los dos lados» y transforma la vida del muchacho en una verdadera esclavitud.

Las horas de escuela son bastante largas y un maestro inteligente puede enseñar en esas horas todo lo que el chico debería aprender en el día. Lo que no se pudiera enseñar en el ámbito de esas horas, debería dejarse para el día siguiente.

En la prevalencia de enfermedades oculares en la India podemos advertir el resultado de toda esa excesiva tensión. Los países occidentales nos ofrecen un buen ejemplo ya que, mediante el entrenamiento físico, los muchachos terminan la escuela fuertes y sanos.

He oído decir en Inglaterra que incluso en las escuelas más pobres los chicos tienen muchos reconocimientos médicos, de modo que cualquier enfermedad de los ojos u otro defecto, viene detectado inmediatamente antes de convertirse en una enfermedad grave. ¡Cuántos muchachos en la India son considerados ineptos sólo porque sufren de alguna enfermedad de la vista o del oído!

Debería utilizarse el discernimiento también al establecer las horas de vigilia y las de sueño. Esas horas varían, naturalmente, según la edad y, hasta cierto punto, incluso según el temperamento. Ningún muchacho debería dormir menos de nueve o diez horas; y después de su desarrollo físico ocho horas deberían, en general, ser suficientes. El chico crece sobre todo durante el sueño, así el tiempo que se le dedica no está desperdiciado.

Son muy pocas las personas que se dan cuenta de en qué manera el

chico siente el influjo del ambiente en el que vive, de las cosas sobre las cuales recae constantemente su mirada. Las emociones y la mente se entrenan, en buena parte, por medio de la vista, y las paredes desnudas, o aún peor, las imágenes feas, son declaradamente dañinas.

Es verdad que los ambientes bonitos a veces cuestan algo más que los feos, pero el dinero estaría así bien gastado. Algunas cosas sólo requieren un poco de cuidado en su elección, puesto que una imagen fea cuesta tanto como una de bonita.

Una perfecta limpieza es además completamente necesaria y los educadores deberían constantemente vigilar que esa limpieza sea escrupulosamente mantenida.

El Maestro, hablando del cuerpo, dijo: «Mantenlo siempre escrupulosamente limpio, libre de la más pequeña mancha de suciedad».

Tanto los educadores como los alumnos deberían vestirse de un modo muy limpio y aseado, ayudando de ese modo a mantener la belleza de los ambientes escolares. En todas esas cosas es necesario un cuidadoso discernimiento.

Si un chico tiene deficiencias en algunas asignaturas concretas o no se siente atraído hacia alguna materia que está obligado a estudiar, un educador que esté dotado de discernimiento podrá, a veces, ayudarlo, sugiriéndole que enseñe esa misma asignatura a alguien que sepa menos que él.

El deseo de ayudar a un compañero más joven, empujará al chico mayor a saber más del asunto de modo que lo que antes le parecía una fatiga se volverá un placer. Un hábil docente estudiará muchos otros medios parecidos para ayudar a sus alumnos.

Así, como se ha aconsejado en uno de los párrafos anteriores, daremos prueba de discernimiento eligiendo para los puestos de confianza a los chicos mejores y más serviciales, será fácil enseñar a los más jóvenes a que les respeten y que hagan lo posible para complacerles. El deseo de agradar a un chico mayor, amado y admirado, es una de las motivaciones más fuertes que pueda existir en el chico y sería conveniente aprovecharla para animarle a que se porte bien, en lugar de utilizar el castigo para alejarlo de lo que es dañino.

Si el educador pudiera conseguir hacerse con este amor y esta admiración, el docente entonces seguiría siendo de ayuda para con sus alumnos incluso mucho tiempo después de que ellos sean hombres.

Me han dicho que los muchachos, que estuvieron bajo la dirección del doctor Arnold a Rugby, siguieron, incluso después, dirigiéndose a él para que les aconsejara en sus preocupaciones y perplejidades. Podríamos quizás añadir

que el discernimiento es uno de los requisitos más importantes para aquellos que tienen el deber de elegir a los educadores.

Un carácter elevado y una índole afectuosa, de los que ya hemos hablado, son absolutamente necesarios si se quiere poner en práctica los consejos que acabamos de dar.

III

AUSENCIA DE DESEO

El siguiente requisito que consideramos es la ausencia del deseo.

El educador encontrará muchas dificultades en su camino cuando intente conquistar el requisito de la ausencia del deseo; requisito que requerirá muy especial consideración desde el punto de vista del escolar.

Como ya se ha dicho en *A los Pies del Maestro*: «A la luz de Su sagrada presencia se extingue todo deseo, menos el deseo de ser como Él».

Y en el *Baghavad Gita* se dice también que todo deseo se desvanece «en cuanto se ha visto el Supremo». He aquí el ideal al cual se debe tender: que la Única Voluntad tome el lugar de los deseos mutables.

Esta Voluntad se manifiesta en nuestro *dharma* y el verdadero educador, o sea, aquel cuyo *dharma* es instruir, tendrá como único deseo el de enseñar, y de enseñar bien. De hecho, si un individuo no siente este deseo, la enseñanza no será su *dharma*, puesto que la presencia de un deseo semejante es inseparable de la verdadera capacidad de enseñar.

Ya hemos dicho que es bien poco el honor, desafortunadamente, que viene concedido al encargo de educador y que, a menudo, un individuo elige esta carrera porque no puede obtener otra, en vez de elegirla ya que se siente verdaderamente atraído hacia la enseñanza y sabe que puede hacerlo.

De donde resulta que él se preocupa más de la retribución que de cualquier otra cosa, y andará buscando en continuación la ocasión de ganar más. Esto se convierte en su principal deseo.

Si bien, indiscutiblemente, el educador en parte puede ser criticado por esto, es el sistema el mayor culpable, puesto que el educador tiene necesidad de aquello que le sea suficiente. Es un deber de la nación proveer a que él no esté en condición de estar siempre obligado a desear un aumento de sueldo, o a tener que dar clases privadas para ganarse lo necesario para vivir.

Solamente cuando así se haga, el educador se encontrará satisfecho y feliz en el puesto que ocupa y sentirá la dignidad de su profesión de educador, sea cual sea su posición respecto a los otros educadores - posición que, actualmente, temo que sea valorada principalmente según el montante de su retribución -. Solamente aquel que está realmente satisfecho y feliz, puede

tener la mente libre para enseñar bien.

El educador no deberá desear conquistar reputación obligando al alumno a que tenga sus mismas opiniones, sino que debería considerar la especial aptitud de cada uno de los muchachos, y el modo en el cual podría conseguir el mayor éxito.

Demasiado a menudo el educador, pensando únicamente en la propia materia de enseñanza, olvida que el alumno tiene muchas otras asignaturas que estudiar. La materia sobre la que mayormente se debería insistir, es aquella que más se adapta a la capacidad del joven. A menos que los profesores no se pongan de acuerdo entre ellos, el muchacho estará siempre demasiado sobrecargado de trabajo, porque cada profesor tratará de empujarlo adelante en su asignatura, y le dará especiales deberes para hacer en casa.

Hay muchos profesores, pero no hay más que un solo escolar. Además, el bien del muchacho debería ser antepuesto, por el educador, a su propio deseo de obtener buenos resultados en el examen.

A veces es mejor para el alumno repetir curso y dominar completamente una asignatura, en vez de presentarse a un examen que es en realidad demasiado difícil para él. En ese caso es mejor suspenderlo.

Pero no estaría bien hacerle repetir la clase simplemente en consideración de los beneficios particulares que de ello podría tener el profesor. Por otra parte, el docente a veces debe resistirse a los padres que intentan empujar al chico más allá de sus fuerzas y que se preocupan mucho más de su promoción a una clase superior que no de sus conocimientos reales de la materia de estudio.

A menos que el educador no posea este requisito de la ausencia de deseo, sus mismos deseos le podrían impedir ver las aspiraciones y la capacidad del chico que le han confiado y muchas veces se los impondrá al muchacho en lugar de ayudarle en su normal desarrollo. Aun cuando un educador pueda sentirse muy atraído hacia una profesión o hacia una determinada ideología, él deberá desarrollar de tal manera el requisito de ausencia de deseo que, incluso cuando consiga despertar el entusiasmo de sus alumnos por sus principios, no deberá restringirlos dentro de los límites de cualquier aplicación especial de los mismos, ni permitir que esos generosos impulsos, aun no contrastados por la experiencia, degeneren en un estricto fanatismo. Así, él debería enseñar los principios del civismo pero no la política de partido. No debería enseñar la superioridad de una profesión con respecto a otra, sino más bien el valor que todas ellas tienen para la nación, siempre y cuando se desempeñen de manera honrada.

IV

RECTA CONDUCTA

Hay seis puntos que el Maestro reúne en el requisito de la Recta conducta. Éstos son:

- 1.- Dominio de sí mismo por lo que respecta a la mente.
- 2.- Dominio de sí en la acción.
- 3.- Tolerancia.
- 4.- Estar contento.
- 5.- Unidad de propósito.
- 6.- Confianza.

Los examinaremos uno después de otro.

1.- El dominio de sí mismo por lo que respecta a la mente es un requisito muy importante para el instructor, puesto que es, principalmente por medio de la mente, como el guía influye sobre los alumnos.

En primer lugar significa, como dijo el Maestro: «dominio de los estados de ánimo, a fin de no experimentar ni cólera ni impaciencia».

Es obvio que será muy perjudicial para los muchachos el hecho de que el educador se encolerice o se impaciente con frecuencia. Es verdad que esta cólera y esta impaciencia están muchas veces motivadas por condiciones exteriores relacionadas con la vida del educador; pero eso no impide su influjo dañino sobre los chicos.

Tales sentimientos debidos en su mayoría a motivaciones poco importantes, provocan una reacción en la mente de los escolares y si el educador es habitualmente impaciente y se encoleriza muy a menudo, alimentará en ellos las semillas de la impaciencia y de la cólera que más tarde podrían destruir su misma felicidad y amargar la vida de sus parientes y amigos.

Debemos, además, considerar que los mismos chicos, muchas veces, van a la escuela descontentos y molestos debido a situaciones enojosas que tienen en la familia; de ese modo, maestros y alumnos conllevan consigo

pensamientos de cólera y de impaciencia que se propagarán en la escuela y que volverán difíciles y desagradables las lecciones que, sin embargo, deberían ser alegres y placenteras.

El breve servicio religioso, al que nos hemos referido en un capítulo anterior, deberá ser atendido, sea por los educadores, sea por los alumnos, y debería servir como una especie de refugio con el fin de excluir del ambiente tales sentimientos poco aconsejables.

Tanto los educadores como los alumnos deberían dedicar todas sus energías para crear una escuela feliz hacia la cual, por la mañana, todos puedan dirigir con placer sus pensamientos y de la cual todos lamentarían despedirse al final del día.

Hay que tener presente que la ausencia de dominio sobre sí mismo, conduce a menudo a la injusticia por parte del educador, y por tanto al retraimiento y a la falta de confianza por parte del alumno; y ningún chico puede hacer el más mínimo progreso real, o ser - en el verdadero sentido - feliz a menos que no tenga absoluta confianza en la justicia de sus superiores.

Gran parte de la tensión de la vida escolar moderna se debe a esa falta de confianza y hay que desperdiciar mucho tiempo para echar abajo barreras que nunca se hubieran debido levantar si el educador hubiera tenido paciencia. La cólera y la impaciencia proceden de la irritabilidad.

Es, por otra parte, necesario que el chico comprenda al educador, y que éste comprenda al alumno; y un carácter irascible es un obstáculo casi insuperable en el camino de semejante comprensión mutua.

«El maestro está enfadado, hoy». «Hoy el maestro es irascible». «El maestro hoy está nervioso», son frases que demasiado a menudo están en boca de los escolares y producen tal sentimiento de incomodidad en la clase que impiden la armonía y la tranquilidad.

Los muchachos aprenden a observar a sus maestros y a defenderse contra sus cambios de humor y así el recelo sustituye a la confianza. El valor del educador depende del poder que tenga para inspirar confianza, poder que pierde cuando se deja llevar por la irritabilidad.

Esto es particularmente importante cuando se trate de niños, ávidos como están de aprender y de amar, y sólo aquel que no tiene alguna disposición para ser educador osaría contestar con ira a tal aspiración.

Naturalmente, es cierto que los chicos más jóvenes son, en muchos aspectos, más difíciles de instruir que los mayores, ya que no han aprendido aún a hacer esfuerzos, ni a dominarlos o dirigirlos nada más haberlos hecho.

El docente deberá por tanto ayudarlos mucho más de lo que haría con

chicos mayores, puesto que éstos ya han aprendido a ayudarse solos. La dificultad esencial consiste en hacer el mejor uso de las jóvenes energías, encontrándoles una ocupación continua e interesante. Si en lugar de ser guiados con simpatía, los entusiasmos juveniles son reprimidos duramente, en ese caso pronto se desvanecerán y el chico se volverá desganado y descontento.

He leído que la juventud está llena de entusiasmos y de ideales y que éstos se desvanecen poco a poco con la edad hasta que el individuo, hecho hombre, se queda total o parcialmente privado de ellos. A mí me parece, sin embargo, que el entusiasmo, cuando es real, no debería morir dejando tras de sí el cinismo sino más bien volverse cada vez más fuerte y más definido con el paso del tiempo.

Los niños, quienes provienen directamente del mundo celestial, traen consigo el sentido de la unidad, y este sentimiento se debería reforzar en ellos para que pueda durar toda la vida. La cólera y la irritabilidad pertenecen solamente al ego y alejan el sentido de unidad.

El dominio de sí mismo implica además la calma, el valor y la firmeza. Sea cual fuere la dificultad que el educador pueda encontrar, en casa o en la escuela, deberá aprender a afrontarla valerosa y alegremente, y esto no solamente para evitarse ansiedad a sí mismo sino también para dar un buen ejemplo a sus alumnos, ayudándoles de ese modo a que se vuelvan fuertes y valientes.

Las dificultades se acrecientan mucho cuando uno se preocupa o se las imagina antes de que se presenten - haciendo, por lo tanto, lo que la señora Besant una vez llamó «cruzar los puentes antes de haber llegado allí». - A menos que el educador demuestre ser sereno y valeroso frente a sus propias dificultades, no podrá ayudar a los muchachos a afrontar con coraje las *suyas*.

La mayoría de los obstáculos se empequeñecen si se examinan con mente alegre, y aquellos chicos que empiezan su tarea con esa disposición mental, encontrarán sus estudios mucho más fáciles que si se enfrentan con ellos descontentos y preocupados. El valor y la firmeza conducen a la confianza en uno mismo y se puede estar siempre seguro de que, quien posea tal requisito, hará su propio deber incluso en circunstancias difíciles.

El dominio de sí mismo por lo que concierne a la mente significa además concentración sobre cada parte de trabajo según se vaya haciendo.

Refiriéndose a la mente, mi Maestro dice: «No debes dejarla divagar. Fija tu pensamiento en cualquier cosa que hagas, de ese modo estará hecha perfectamente».

Mucho tiempo se pierde en la escuela ya que los chicos no prestan suficiente atención a su trabajo y a menos que el instructor mismo no les conceda toda su atención, la mente de los chicos, ciertamente divagará.

La plegaria y la meditación están concebidas para enseñar el dominio de la mente, pero se practican solamente una o dos veces al día.

A menos que se domine la mente durante todo el día, prestando atención a cada cosa que ejecutamos, como prescribe el Maestro, no adquiriremos jamás un poder real sobre nuestra mente, para convertirla en un instrumento perfecto.

Una de las partes más difíciles del deber del educador es la de pasar con rapidez de un argumento a otro en la medida en que los chicos se dirigen a él con sus varias preguntas y perplejidades.

Su mente debe estar completamente bajo su dominio para que pueda prestar plena atención a las preocupaciones de cada uno de los muchachos, pasando del uno al otro con el mismo cuidado y con el mismo interés y sin ninguna impaciencia.

Si no concede esta atención completa puede estar seguro de cometer errores en los consejos que dé, o de ser injusto en sus decisiones; de tales errores pueden surgir problemas graves.

Sobre este particular, un amigo mío, señor G. S. Arundale, el muy conocido director del «Central Hindú College», escribe: «De vez en cuando los chicos se presentan con quejas, con requerimientos; y entonces debo cuidarme mucho en concentrar toda mi atención sobre cada chico y sobre lo que él necesita en particular, puesto que el requerimiento o la queja o la dificultad es a veces banal y pueril; y, sin embargo, el no prestarle atención podría ser para el muchacho una gran fuente de disgusto; e, incluso si este último no pudiera ser solucionado, es casi siempre posible hacer que se marche contento».

«Uno de los deberes más difíciles para el instructor consiste en tener suficiente dominio sobre la propia atención, para poder dirigirla continuamente de un asunto a otro sin perder en intensidad y soportar satisfactoriamente la tensión que este esfuerzo requiere».

«A menudo nosotros hablamos de cualquier cosa que pone a dura prueba la paciencia de una persona; pero en realidad queremos decir que pone a prueba la atención de la persona, puesto que la impaciencia no es otra cosa que el deseo de la mente de detenerse sobre cualquier argumento más interesante que el que le ocupa en aquel momento».

Los alumnos deben ser ayudados a concentrar su atención sobre lo que

están haciendo, puesto que su mente está siempre dispuesta a alejarse del argumento prefijado. El mundo externo está tan lleno de objetos atractivos, nuevos e interesantes para los alumnos, que la atención de éstos corre detrás de cada cosa nueva que caiga bajo su mirada.

Continuamente se le dice al alumno que observe y él experimenta placer al hacerlo; en cuanto comienza a razonar debe cesar, por el momento, de observar; y concentrar, por el contrario, su mente sobre el objeto que está estudiando.

Este cambio, al principio, le resultará bastante difícil, y el profesor deberá ayudarle a asumir esta nueva actitud. A veces la atención se desvía porque el muchacho está cansado, y entonces el educador deberá dejarlo reposar.

Otras veces divaga porque el tema no le interesa, y entonces el educador deberá tratar de presentárselo bajo otra forma.

Generalmente, el muchacho no deja voluntaria y deliberadamente de prestar atención, y el educador debería mostrarse paciente ante la intranquilidad tan natural en la juventud.

Por lo menos, asegúrese siempre el educador de que esta falta de atención no sea debida a él, a su propio modo de enseñar.

Si la atención de los docentes y de los alumnos está entrenada en modo tal, toda la vida escolar resultará más fecunda y más agradable y ya no habrá lugar para los múltiples pensamientos dañinos que se agolpan en las mentes indisciplinadas.

Aun cuando la mente tenga necesidad de reposo no es necesario que permanezca del todo vacía; para decirlo con las palabras del Maestro: «Ten siempre en reserva buenos pensamientos preparados para que se hagan presentes apenas ella quede libre».

El Maestro continúa explicando cómo es posible servirse de la mente para ayudar a los otros cuando ésta haya sido disciplinada: «Piensa cada día en alguien que esté afligido, sufriente, o necesitado de ayuda, y vuelca sobre él todo tu pensamiento amoroso».

Los profesores, difícilmente se dan cuenta de la inmensa fuerza que pueden aplicar en esta dirección. Pueden influir mucho más en sus alumnos con el pensamiento que con las palabras y con las acciones y, emanando una corriente de gentiles y amables pensamientos sobre la clase, calmarán las mentes de todos los muchachos y los harán más felices. Incluso sin pronunciar una palabra ellos mejorarán todo el ambiente.

Esta buena influencia del pensamiento debería expandirse desde la

escuela sobre todo el vecindario.

Del mismo modo que, quien vive en medio de los jóvenes, se mantiene él mismo joven y conserva los ideales y las puras aspiraciones de la juventud mucho más tiempo que el que vive entre gente anciana, así la presencia de una escuela debería ser una fuente de alegría y de inspiración para el vecindario o para el barrio entero.

De la escuela deberían irradiarse felices y armoniosas formas-pensamientos iluminando así la atmósfera más tétrica del exterior, enviando corrientes de esperanza y de fuerza sobre todos aquellos que se encuentran dentro de la esfera de su influencia. Los pobres deberían sentirse menos infelices, los enfermos aliviados de sus sufrimientos, los viejos más respetados, y esto debido a la presencia de aquella escuela en el barrio.

Mucho bien podría hacerse si el educador hablase a menudo de estas cosas a sus muchachos, y les presentase, de vez en cuando, algún claro pensamiento sobre el que todos juntos dirigieran su atención.

Puesto que el pensamiento es una fuerza real y potente, especialmente cuando muchos se reúnen juntos en una idea común. Si hubiese ocurrido algún gran desastre que hubiera provocado infelicidad a mucha gente, el educador podría aprovecharse del servicio religioso para reclamar la atención sobre las necesidades del caso, e invitar a los muchachos para unirse a él y enviar pensamientos de amor y de coraje a aquellos que sufren.

El último punto citado por el Maestro es el orgullo. «Guárdate del orgullo», dice Él, «puesto que el orgullo proviene solamente de la ignorancia».

No debemos confundir el orgullo con la satisfacción que da un trabajo bien realizado; el orgullo proviene del sentido de separación: «Yo lo he hecho mejor que los demás».

La satisfacción experimentada por un trabajo bien hecho, debería provenir del sentido de unidad: «Estoy contento de haber hecho esto para ayudar a todos».

El orgullo separa una persona de las otras, y hace que se crea superior a quien la rodea; pero el placer experimentado por el trabajo bien hecho, ayuda, estimula y alienta a emprender algún otro todavía más difícil.

Cuando compartimos con otros el conocimiento que hemos adquirido, perdemos todo sentido del orgullo; y el deseo de servir de mayor ayuda, en vez del deseo de sobresalir sobre los otros se constituye en el verdadero motor del estudio.

2.- Dominio de sí mismo en la acción. El Maestro hace observar que,

mientras «debas evitar toda pereza y ser constantemente activo en el obrar bien... debes hacer “tu” deber - no el de otro -, a menos que tú tengas su consentimiento y actúes con la finalidad de ayudarlo».

El educador tiene todavía un deber especial por lo que a esto se refiere, puesto que, incluso debiendo ofrecer a sus alumnos toda oportunidad de desarrollarse, según sus propias tendencias, y tener cuidado de no entrometerse en su desarrollo ni forzar este desarrollo en una dirección no adecuada, tiene la obligación de guiarles con mucho cuidado, de vigilarles atentamente, y, como dijo el Maestro, «de hacerles observar con dulzura sus defectos».

Mientras están en la escuela el docente tiene a sus alumnos en custodia y, durante ese tiempo, debe desempeñar el papel de los padres.

La especial lección que él debe aprender, al practicar el dominio de sí mismo, consiste en tratar de adaptar los propios métodos al grado de desarrollo alcanzado por sus alumnos.

Incluso contentándose con vigilarlos y alentarlos cuando su actividad se desarrolla en la justa dirección, debería estar preparado para intervenir - con la menor perturbación posible - para modificar esa actividad si resultase excesiva, para estimularla si tendiera a extinguirse y para dirigirla hacia nuevos canales si hubiese tomado una dirección equivocada.

Cada vez que sea necesaria su intervención, tratará de hacer sentir a los muchachos que él de hecho no quiere obligarles a seguir sus propias directrices, más bien a ayudarles a encontrar el camino perdido, pero que realmente deseaban seguir.

Muchos chicos no pudieron desarrollar la necesaria fuerza de su carácter porque el educador, con sus continuas intervenciones, les imponía su propio modo de ver sobre la recta actuación, en vez de despertar en ellos el raciocinio y la intuición. Los muchachos se acostumbran así a depender enteramente de él, en vez de aprender poco a poco a caminar solos.

El educador debe cuidarse mucho de permitir que intereses extraños lo distraigan de sus deberes de escuela.

Muchos docentes parecen no darse cuenta de que la escuela debería ocuparles todo el tiempo que, una vez hechos sus deberes domésticos, deban dedicarle.

A veces no cumplen sino la cantidad de trabajo justamente necesaria para después correr rápidamente hacia otra cualquier ocupación que encuentran más interesante.

Ningún educador podrá realmente realizarse en su profesión a menos

que ésta no sea lo que más lugar ocupa en su corazón, a menos que él no desee vivamente dedicar todo el tiempo que pueda a sus alumnos, y no se sienta el más feliz de los hombres cuando trabaja con ellos o por ellos.

Se dice siempre que el entusiasmo y la dedicación al propio trabajo distinguen a quien sobresale como hombre de negocios, como funcionario o como hombre de Estado; pues bien, estas cualidades son igualmente necesarias a quien quiera realizarse como docente. Quien desee sobresalir en la profesión de educador, no deberá aportar solamente habilidad en su trabajo, sino también un entusiasmo semejante y una igual dedicación.

Verdaderamente, se debería aportar aún más dedicación y entusiasmo en modelar a centenares de jóvenes vidas, antes que en ganar dinero o poder.

En cada instante en el cual el educador se encuentra con sus muchachos, puede ayudarles, puesto que, como siempre se ha enseñado en la India, la cercanía de un hombre bueno ayuda a la propia evolución.

Lejos de la escuela, deberá pensar en sus alumnos y hacer proyectos para ellos, pero no podrá hacerlo si, fuera de la escuela, su mente está toda ocupada en otros intereses.

A este respecto, citaré todavía al señor Arundale: «Cuando me levanto por la mañana, mi primer pensamiento se dirige a cuanto debe ser hecho en la jornada, en general, y a cuanto respecta a mi trabajo, en particular. Un rápido examen mental sobre la Escuela y sobre el Colegio me permite ver si algún alumno parece tener más particularmente necesidad de ayuda. Tomo nota de tal alumno en mi agenda, para después poderlo llamar durante el día. Por lo tanto, antes de que empiece el horario del colegio, antes de emprender algún otro trabajo, repaso los apuntes de mis lecciones, para asegurarme de estar bien preparado. Mientras tanto, los escolares me asaltan de continuo con sus preguntas, con sus esperanzas y aspiraciones, con su dificultad y aburrimiento; algunos con leves indisposiciones de las cuales querrían ser liberados. Para recibir a esos jóvenes tengo un rinconcito especial a fin de que la atmósfera pueda ser mantenida pura y armoniosa, y me esfuerzo en concentrar sobre cada uno de ellos toda mi atención, excluyendo completamente cualquier otra cosa, y no me siento satisfecho hasta tanto que cada muchacho, al marcharse, no lleve una sonrisa en sus labios».

Si el docente no trabaja con este espíritu, no logrará comprender cuán sagrado y solemne es el deber que se le ha confiado.

Ningún instructor es digno de tal nombre si no se da cuenta de que sirve mucho más verazmente a Dios y mucho más fielmente a su país viviendo y trabajando con sus muchachos.

Su vida de sacrificio, vivida en medio de ellos, les inspirará a que cumplan bien sus deberes, como él mismo les da ejemplo de ello, y así ellos crecerán en el respeto y el patriotismo.

Estos muchachos son hijos de Dios, confiados a su cuidado; ellos son la esperanza de la nación, esperanza confiada a él. Y cuando este sagrado deber no esté ya entre sus manos, ¿Cómo responderá ante Dios y la nación, si no hubiere consagrado todo su tiempo y todos sus pensamientos a cumplir fielmente su misión, habiendo permitido que los muchachos entren en el mundo sin amor hacia Dios y sin el deseo y la capacidad de servir a su país?.

Tanto los muchachos como los educadores deben aprender el dominio de sí en la acción.

No deben empeñarse en otras actividades hasta el punto de olvidar sus habituales deberes de escuela.

Mi Maestro dice a aquellos que le quieren servir: «Es necesario que tú desempeñes tu trabajo ordinario mejor que otros, no peor».

El primer deber del muchacho en la escuela es el de aprender, y nada deberá inducirlo a olvidar su trabajo regular de la escuela.

Además de esto - puesto que es mejor que sus actividades sean mantenidas en el ámbito de la escuela - el profesor sabio deberá promover, dentro de la organización escolar misma, todas aquellas actividades en las cuales sus alumnos podrían útilmente tomar parte.

Si no existiese alguna organización nacional a la que creyese útil que sus alumnos perteneciesen, él mismo debería organizar una sección dentro de la escuela y tomar parte en ella junto con los otros profesores.

Por ejemplo, el movimiento de los Boy-Scouts y de los Hijos de la India ambas son organizaciones nacionales, pero algunas secciones de ellas deberían ser constituidas en cada una de las escuelas. Los educadores deberían entrenar a sus alumnos a darse cuenta de que, del mismo modo que la familia es el centro de la actividad para el niño, así también la escuela es el centro de la actividad para el jovencito.

Así como el niño recibe su vida y su energía de la familia, del mismo modo debería el jovencito extraer su vida y su energía de la escuela. El trabajo más útil debería hacerse en el ámbito de la escuela, de modo que pueda formar parte de la educación general del muchacho, y estar en armonía con el resto de su desarrollo.

En la escuela debería haber grupos para ejercitarse a discutir, en los que las reglas de la discusión deberían venir diligentemente observadas, a fin de que los muchachos pudiesen aprender a dominarse en el hablar. Círculos

teatrales en los cuales pudiesen aprender a ejercitarse en la expresión; grupos deportivos en los que se conquistase tanto el dominio de la mente como el de la acción; sociedades literarias para los jóvenes que se interesen más especialmente en ciertos estudios; en fin, sociedades para ayudar a los estudiantes más pobres.

Es también muy importante ofrecer a los jóvenes la oportunidad de darse cuenta de las condiciones en las cuales se está desarrollando su país, a fin de que en la escuela puedan practicar el patriotismo, dejando aparte la política.

Es una verdadera lástima que en la India los agitadores sin escrúpulos enseñen a los estudiantes que el amor por la propia patria debería manifestarse con el odio hacia otros países. Los muchachos jamás creerían en ello si en la escuela estuviesen instituidos unos servicios patrióticos con la finalidad de ofrecerles un desahogo adaptado al entusiasmo que ellos justamente sienten. Ellos buscan un desahogo fuera de la escuela solamente porque no encuentran ninguno en el interior de la misma.

Deberían constituirse grupos de estudiantes para las varias clases de servicios sociales, conforme a las capacidades de los muchachos y a las necesidades de sus respectivos ambientes. Por ejemplo, para la protección de los animales, para los primeros auxilios en caso de accidente, para la educación de las clases menos favorecidas por la fortuna, para los servicios pertinentes a fiestas nacionales y religiosas y otros muchos.

Los muchachos por los cuales se organizaran tales formas de servicio en la escuela, no sentirían la necesidad de emprenderlas separadamente.

Durante sus juegos, los jóvenes tienen una oportunidad muy especial de poner en práctica el dominio de sí mismos en la acción.

Después de la más formal disciplina de la clase, se encuentran en condiciones donde súbitamente cesa toda autoridad externa; a menos que no hayan aprendido a sustituir esta autoridad externa con el dominio de sí mismos, percibiremos sobre el campo de juegos la brutalidad del más fuerte y a continuación el temor del más débil.

Los campos de juego tienen un especial valor en cuanto que hacen surgir el poder de la autodisciplina; y si allí hay educadores que dan ejemplo de sumisión a la autoridad del capitán, manifestando gentileza y honorabilidad, y jugando para su equipo, en vez de para ellos mismos, ayudarán grandemente a los muchachos a adquirir el dominio de sí mismos.

Los jóvenes verían también a su instructor bajo una nueva luz; él no impone ya su autoridad como educador, sino que sabe dominarse

interiormente, subordinando su propia acción a las reglas del juego y a los intereses de aquellos que juegan con él.

El muchacho que entra en un campo, sin otro pensamiento que el de divertirse cuanto más mejor, aunque sea a costa de sus compañeros, aprenderá, del ejemplo de su instructor, a sentirse más feliz cuando juega para los demás y no sólo para sí, y a jugar mejor cuando se trata del honor de la escuela y no de su propio provecho.

Aprenderá, además, que el mejor jugador es aquel muchacho que calibra diligentemente sus golpes y emplea el intelecto para dirigir su fuerza.

Deseando ser él mismo un buen jugador, comenzará a entrenar su cuerpo para hacer aquello que quiere, adquiriendo así el dominio de sí mismo en la acción, y por este medio aprenderá la gran lección de que «el dominio de uno mismo acrecienta la felicidad y conduce al éxito».

Una cosa más se aprende sobre el campo de juego y es el dominio del propio temperamento; puesto que un muchacho que pierde la calma juega siempre mal. Aprender a no ser alocado ni impaciente; a medir sus palabras también cuando pierde, y a no manifestar vanidad cuando vence. De este modo se formará un carácter, fuerte y bien equilibrado, que le será muy útil cuando llegue a ser hombre.

Todo esto, de verdad, se aprende mucho mejor sobre el campo de juego que en la clase.

3.- Tolerancia. La mayor parte de las instrucciones de mi Maestro a este respecto se dirigen principalmente a los discípulos; pero su espíritu puede, sin embargo, ser aplicado a aquellos que viven la vida ordinaria.

La tolerancia es una virtud muy necesaria en la escuela, especialmente cuando los alumnos son de diferentes religiones.

«Debes sentir», dice mi Maestro, «perfecta tolerancia hacia todos, y un sincero interés en las creencias de aquellos de otras religiones, en la misma medida que la tienes en la creencia de la tuya propia.

«Puesto que la religión de ellos es un sendero que conduce al Altísimo, exactamente como lo es la tuya. Y, para ayudar a todos, debes comprenderlo todo».

Es deber del educador ser el primero dando ejemplo de ello.

Sin embargo, muchos docentes cometen la equivocación de creer que los modos de ver y las reglas a las cuales ellos están habituados son principios universales que todos deberían aceptar.

He aquí por qué están tan ansiosos de destruir las convicciones y las

costumbres de los estudiantes, con la finalidad de sustituirlas por otras que consideran mejores. Éste es especialmente el caso en países como la India, donde los muchachos son de diversas religiones.

A menos que el profesor estudie con simpatía las religiones de sus alumnos, y comprenda que la fe de los demás les es tan querida como la suya lo es para él, fácilmente hará que sus muchachos se vuelvan incrédulos en el tema de la religión.

Debería tener especial cuidado de hablar con reverencia de las religiones a las cuales pertenecen sus alumnos, reafirmando a cada uno en los grandes principios de su propia fe, y haciendo resaltar la unidad de todas las religiones con ejemplos apropiados, sacados de las varias sagradas escrituras. Mucho se podrá hacer en este sentido durante el servicio religioso que precede al trabajo habitual de la jornada si este servicio se efectúa con criterios comunes a todos.

Mientras a cada uno de los muchachos se deba enseñar las doctrinas de su propia religión, sería también deseable que, una vez al día, se les recordase la unidad de todas las religiones, puesto que, como dice el Maestro: «cada religión es un sendero que conduce al Altísimo». De este modo se daría el ejemplo en la escuela de cómo miembros de diferentes religiones viven felizmente codo con codo, y de cómo saben demostrar recíproco respeto al intercambiar sus opiniones. Siento que ésta es una de las especiales funciones de la escuela en la vida de la nación.

En casa, el muchacho se encuentra siempre con quien comparte sus mismas opiniones, y no tiene ninguna oportunidad de entrar en contacto con otras creencias y con otras costumbres.

En la escuela tendría por el contrario la ocasión de encontrarse con otros modos de creer, y el profesor debería guiarlo a comprenderlos y a ver la unidad fundamental de los mismos. El docente no debería nunca provocar en un alumno el descontento con su propia religión, hablando de ella con desprecio, y malinterpretándola por propia ignorancia. Tal proceder, de su parte, conduciría al muchacho al desprecio de todas las religiones.

Hay además muchas otras costumbres pertenecientes a las diferentes regiones del país. A menudo la gente las exagera y las considera como parte esencial de la religión en vez de simplemente como características de la parte del país donde nacieron.

Por esto miran con desprecio y con desaprobación a aquellos cuyas costumbres difieren de las suyas y se mantienen orgullosamente apartados.

Yo no sé hasta qué punto todo esto constituye una dificultad en los

países Occidentales, pero creo que en la India las costumbres nos separan mucho más que la distancia física o las diferencias religiosas.

Cada parte del país tiene sus propias particularidades acerca del vestir, del modo de tomar alimento, del modo de peinarse, etcétera, y yo he notado que en la escuela los muchachos son, por principio, propensos a mirar de arriba abajo a aquellos de sus compañeros cuyas apariencias o costumbres difieren de las suyas.

Los profesores deberían ayudar a los jóvenes a pasar por alto estas diferencias de poca importancia, y a pensar, por el contrario, en la única madre patria a la cual todos ellos pertenecen.

Ya hemos dicho que el patriotismo debería ser enseñado sin odio de raza; y podemos añadir que comprender y amar a las otras naciones forma parte de aquella gran virtud que es la tolerancia. Los muchachos están obligados a aprender la historia del propio país y las de las otras naciones; y la historia, tal como se enseña, está llena de guerras y de conquistas.

El profesor debería poner de relieve qué terribles sufrimientos han sido provocados por estas guerras, y que, aunque la evolución, a pesar de las guerras, haya continuado su camino y las haya incluso utilizado, mucho más se hubiese podido conseguir con la paz y con la buena voluntad que con el odio.

Si se tiene cuidado de entrenar a los niños en la consideración de los diversos modos de vivir, con interés y con simpatía, en vez de con indiferencia y antipatía, se convertirán en hombres que demostrarán respeto y tolerancia por todas las naciones.

4. *Estar contento.* Ningún docente que realmente ame a sus escolares, podrá menos que estar contento durante las horas de escuela.

Ningún hombre valeroso se permitiría estar deprimido; pero la depresión es particularmente nociva en un docente, puesto que, estando diariamente en contacto con muchos jóvenes, comunica a ellos el estado de su propia mente.

Si el que enseña está deprimido, los muchachos, a la larga, no podrán estar contentos y felices; y a menos que ellos estén contentos y felices, no podrán aprender bien.

Si profesores y alumnos asociasen el estar contento a su vida en la escuela, no sólo se les haría el trabajo más fácil, sino que ellos considerarían a la escuela como un lugar en el cual podrían, por el momento, vivir libres de toda preocupación y pena.

El que enseña debería entrenarse para liberarse de todos los pensamientos de preocupación y de depresión apenas atravesado el dintel de la escuela; puesto que la contribución que él debe aportar a la atmósfera de la escuela en la cual los muchachos deben vivir y desarrollarse debe ser de satisfacción y de energía.

El mejor modo de liberarse de la depresión consiste en tener la mente ocupada en alguna cosa bella e interesante, lo cual no debería resultarle difícil cuando se acerca a sus muchachos. Los pensamientos se desvanecen cuando no se les presta ninguna atención; y por lo tanto, es mejor desentenderse de los pensamientos deprimentes que combatirlos.

Estar contento hace que se viva más plenamente, mientras que la depresión reduce esa capacidad; y liberándose de esta última, quien enseña aumenta su energía. Con frecuencia, en verdad, le resulta muy difícil al docente, al cual incumben las preocupaciones de la vida de familia, mantenerse libre de toda ansiedad; a pesar de ello, debe tratar de no aportar sus preocupaciones al ambiente escolar.

El señor Arundale me dice haberse creado la costumbre de tomar una actitud de alegría apenas traspasa el umbral del Colegio, por muy preocupado que pueda haber estado antes, por lo cual, él escribe: «Deseo que mi contribución a la jornada de escuela sea de felicidad y de interés, y tratando cada día de persuadirme de estar contento en cuanto traspaso el umbral del Colegio, he logrado finalmente conseguirlo».

«Si al atravesar los patios para acercarme a mi despacho veo a algún estudiante con el aspecto decaído y pensativo, considero un deber mío acercarme a él con el fin de contraponer mi alegría a su tristeza, y la tristeza pronto se diluye».

«Viene seguidamente el servicio religioso; y cuando ocupo mi puesto en la cátedra junto al instructor religioso, trato de reclamar la bendición del Maestro sobre todos aquellos queridos rostros jóvenes que están delante de mí, y lentamente despliego mi mirada sobre cada miembro del auditorio, tratando de enviar una corriente continua de amor y simpatía».

Ya dije que los escolares observan atentamente la fisonomía de sus profesores, para ver si están o no de buen humor.

Si el profesor está siempre contento y amable, los muchachos no seguirán examinándolo, puesto que habrán aprendido a tener confianza en él, y toda ansiedad y aprensión se desvanecerán.

Si quien enseña se muestra siempre contento, emanará entre sus muchachos corrientes de energía y de buena voluntad, nueva vida fluirá en

ellos, su atención será estimulada, y la simpatía del docente vencerá la desgana del alumno.

Del mismo modo que el muchacho aprende en el campo de juego el dominio de sí mismo en la acción, así aprenderá también esta virtud del estar contento.

Estar contento en la derrota fortalece el carácter y el muchacho que sepa demostrarse sereno y de buen humor frente al equipo que acaba de derrotarles, está en el buen camino para hacerse realmente un hombre.

5.- Unidad de propósito. La unidad de propósito, la concentración de la atención sobre cada una de las partes del trabajo al tiempo que se están realizando, a fin de que pueda ser hecho del mejor modo posible, depende en gran parte del interés que en ello se aplica.

A menos que quien enseña no se interese en su trabajo y no lo ame más que a cualquier otro, no podrá verdaderamente poseer la unidad de propósito.

Deberá estar tan concentrado en sus deberes escolares como para tener siempre la mente ocupada haciendo proyectos para sus alumnos, considerando cada cosa desde el punto de vista de su posible aplicación a la propia tarea en particular.

Unidad de propósito significa entusiasmo; pero el entusiasmo es imposible sin ideales. Por eso, el docente que desee poseer unidad de propósito, debería estar lleno de ideales hacia los cuales ansiaría conducir a su escuela.

Estos ideales agudizarán su atención, y lo rendirán apto para concentrarla incluso sobre las particularidades del todo insignificantes.

Tendrá siempre en mente la escuela ideal y tratará de hacer de modo que la escuela real se asemeje cada vez más a aquélla. Por esto, a fin de poseer la unidad de propósito, el que enseña no deberá contentarse con las cosas tal como son, sino que estará continuamente alerta para aprovechar cualquier ocasión para mejorar.

Según va el profesor aprendiendo a conocer mejor la capacidad de sus estudiantes y las necesidades de la nación, su ideal, naturalmente, deberá modificarse. De este modo, con el transcurrir de los años, el profesor podrá encontrarse muy alejado de los primeros ideales que al principio le hicieron adquirir la unidad de propósito.

Los ideales seguirán guiándole, pero serán más prácticos y así su unidad de propósito será más aguda y producirá resultados más amplios.

El Maestro cita dos dichos que a mí me parecen indicar bien claramente

de qué modo debería desarrollarse la unidad de propósito: «Haz según puedas todo aquello que te sea posible hacer», y: «Cualquier cosa que hagáis, obrad con el “corazón”, haciéndolo como al Señor y no a los hombres».

Cualquiera que pueda ser el trabajo, debe ser hecho a fondo, completamente; pero eso debe poder ser acorde con el «plan de Dios para los hombres».

Eso debe ser hecho «como al Señor». El Maestro dice: «Cada trabajo debe ser hecho “religiosamente”; hecho con el sentimiento de que es una ofrenda sagrada para ser depositada sobre el altar del Señor».

«Esto lo hago, Oh Señor, en Tu nombre y para Ti».

Pensando así, ¿puedo yo ofrecerle cosa alguna que no sea lo mejor que pueda hacer?.

¿Puedo yo permitir que una parte *cualquiera* de mi trabajo se realice con desgana o desatención, cuando sé que debe ser hecha expresamente para Él?.

Piensa en cómo harías un trabajo si conocieses que el Señor mismo vendría inmediatamente a examinarlo; y luego persuádate que Él realmente lo ve, puesto que cada cosa tiene su propio puesto en la conciencia del Señor. De este modo, cumple con tu deber *como para el Señor y no para los hombres*.

El trabajo, por lo demás, debe ser realizado conforme al conocimiento que el docente tiene de los principios de la evolución, y no simplemente por consideración a intereses mezquinos y efímeros.

El educador, por lo tanto, debe aprender a reconocer poco a poco cuál es su propio puesto en la evolución, a fin de poder adquirir la unidad de propósito en aquello que le concierne; puesto que, si él mismo no aplica esa unidad de propósito por lo que respecta a su propio ideal, no estará en situación de inculcarla a aquellos que le rodean.

Debe tratar de ser, en miniatura, el ideal hacia el cual espera poder guiar a sus alumnos, y el hecho de que él mismo se aplique a conseguir ese ideal, lo hará capaz de ver las particularidades que, de otra manera, escaparían a su atención o que él habría podido descuidar, considerándolas de poca importancia.

La aplicación práctica de la unidad de propósito consiste, pues, en esforzarse en tener fijo en la mente algún ideal predominante, al cual debería ser dirigida toda la actividad diaria, tanto de los que enseñan como de los alumnos, a fin de que esas pequeñas vidas puedan ser revitalizadas por las más grandes, y todos puedan llegar a ser partes conscientes de un Gran Todo.

El ideal del servicio, por ejemplo, puede ser tan predominante que toda

la vida diaria será concebida en el esfuerzo de servir.

6.- Confianza. Como el primero entre los requisitos necesarios para el maestro, ha sido puesto el amor; es conveniente, por lo tanto, que este librito deba terminar con otro requisito de importancia casi igual: la Confianza.

A menos que el profesor tenga confianza en el propio poder de conseguir su meta, no estará en grado de inspirar una confianza semejante en sus alumnos, y la confianza en sí mismo es un atributo indispensable para el buen éxito en todos los departamentos de la actividad humana.

El Maestro ha explicado espléndidamente las razones por las cuales debemos tener confianza: «Debes tener fe en ti mismo. ¿Objetas que te conoces demasiado bien?. Si dices esto, es señal de que “no” te conoces de hecho; conoces solamente tu débil caparazón externo que muchas veces ha caído en el barro.

«Pero tú - el verdadero tú - eres una chispa del fuego mismo de Dios, y Dios, que es Omnipotente, está en ti, y por tanto no hay nada que tú no puedas hacer, si lo quieres».

El docente debe sentir que tiene en sí el poder de instruir a sus alumnos y de entrenarlos para su futuro trabajo en el mundo.

Este poder proviene de su amor por ellos y de su deseo de ayudarlos y se alimenta de la única vida espiritual de la cual todos participan.

Puesto que maestro y alumnos son Uno, en esencia, formando una pequeña llama en el *fuego mismo de Dios*, es por lo que el docente tiene el derecho de estar confiado de que cada esfuerzo para prestar ayuda, proviniendo de su propia coparticipación en la única Vida, alcanzará y estimulará aquella misma Vida en los muchachos.

No siempre estará él en situación de ver de inmediato el resultado producido. De hecho, la más importante influencia que el instructor tenga se manifiesta mientras está desarrollándose el carácter de los jóvenes. Ningún logro, sea en los exámenes o en los informes o en las inspecciones, podrá satisfacer al verdadero docente por lo que respecta al resultado de su trabajo. Pero cuando sienta que su misma naturaleza superior viene reforzada y purificada por el propio ardiente deseo de servir a sus alumnos, cuando tenga la gloria de ver brillar la Vida divina que hay en ellos e irradiarse en respuesta a aquella misma Vida que hay en Él, entonces, ¡grande, de verdad, será su felicidad!

Entonces tendrá la paz, sabiendo que ha despertado en sus escolares la conciencia de su propia divinidad que, más tarde o más temprano, les

conducirá a la perfección.

El educador tiene razón para sentirse confiado porque la Vida divina *está* en él y en sus escolares, los cuales se dirigen a él buscando inspiración y fuerza. Haced que él irradie sobre ellos todo cuanto hay de más elevado en él, y entonces podrá estar seguro de que no habrá ni un solo muchacho que, en el propio ser superior y hasta un cierto grado no corresponda a esto, aun cuando esta respuesta pueda parecer imperceptible.

Los muchachos, por su parte, deben tener plena confianza en su instructor, deben aprender a amarlo y a confiar en él; pero esto ocurrirá inevitablemente cuando él mismo se haga digno de su amor.

Este continuo intercambio de la Única Vida entre educadores y alumnos, acercará cada vez más los unos a los otros.

En la escuela aprenderán a vivir juntos como hermanos mayores y menores de una única familia: la escuela.

Viviendo una vida de hermandad dentro del reducido ámbito de la escuela, se encontrarán entrenados para vivirla en el ámbito mucho más amplio de la nación.

Aprenderán, poco a poco, que en todo el mundo no hay más que una sola Fraternidad, una única Vida divina en todos.

Cada uno de los miembros de la Fraternidad, consciente o inconscientemente, trata de expresar esta Vida.

**¡Feliz, en verdad,
aquel educador que es consciente
de la propia divinidad!
Este reconocimiento
de la divinidad en el hombre
es la más alta lección
que él pueda
tener el privilegio
de impartir.**